

Comunicación, *commodities* y (neo) colonialismo en la era digital Notas para integrar el legado de Innis y Scalabrini Ortiz¹

Andrés Dimitriu²

La existencia material cotidiana en las ciudades puede ser bastante tolerable y hasta confortable porque requiere desastres ecológicos de largo plazo para sostener su superficialidad y reproducción institucional de corto plazo.

Herbert Marcuse, El hombre Unidimensional, 1964

Resumen

Los frecuentes balances sobre el Informe McBride y los debates asociados, incluyendo en esa categoría a la llamada “Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información”, permiten identificar por lo menos dos tendencias –muchas veces entremezcladas - desde el campo social: quienes con cierta ingenuidad promueven el acceso extendido a la tecnología y “la información” (creando así un precario paralelismo entre democracia y consumo, como por ejemplo a través de una superación determinista del *digital gap*) y quienes exigen intervención directa en las políticas públicas de comunicación y cultura. En ambos casos intervienen, sin embargo, condiciones estructurales y políticas que son comunes en los debates sobre cualquier campo en la actualidad: lo complicado, es decir la mera descripción tecnocrática de acontecimientos y transformaciones, que por supuesto puede saturar y/o convenientemente satura a las organizaciones sociales, desplaza a la complejidad, la clara visualización de las relaciones de poder y las alternativas. La fragmentación temática también limita la política a un tipo de “participación social” basada en declamaciones generalmente inconducentes y a infinitas tareas de remediación. La comunicación y la cultura son segregadas de la producción material que, alejada del control social, se concentra y desplaza hacia los procesos extractivos en gran escala (minería, hidrocarburos, pesca, agronegocios) y la organización simbólica, administrativa y material del territorio (turismo, especulación inmobiliaria en gran escala con tierras productivas, inversiones “verdes” en o alrededor de áreas protegidas), entre otras formas de privatización de la economía. El argumento central de este trabajo es que la perspectiva de pensadores como Harold Innis, hasta cierto punto afines, en la Argentina y casi para la misma época, con las minuciosas investigaciones de un Raúl Scalabrini Ortiz inspirado en las proclamas de FORJA, no perdieron vigencia al ser multidimensionales y próximas a las posturas más críticas durante los (restringidos) debates sobre el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación.

¹ Publicado en *Políticas de Comunicación. Repensando experiencias Argentino-Canadienses*, Damian Loreti y Susana Sel (comp.), Editorial Koyatun, Universidad de Buenos Aires y ASAEC, ISBN 978-987-23953-1-5, 2008, págs. 19-40.

² Profesor titular, Universidad Nacional del Comahue y Red Theomai. Este trabajo forma parte de elaboraciones teóricas para el proyecto de investigación UNC/D-065. Año de elaboración del artículo: 2008. E-mail: amdimitriu@riseup.net

¿Hacia la política privatizada?

Hablar de políticas públicas, incluso de políticas nacionales, se ha transformado en un terreno resbaladizo- tanto a nivel teórico como práctico- no sólo a partir de las significativas reestructuraciones globales del capitalismo en las últimas décadas sino por un fenómeno asociado que nos interesa aquí, en el campo de las significaciones, que es el de la formación de una influyente y generosamente subsidiada suerte de “esfera privada” (para diferenciarla de la “esfera pública burguesa” habermasiana) que se caracteriza por escoltar de cerca a la ola privatizadora de la economía y los ajustes estructurales desde la década de los 80, aunque con raíces hegemónicas más lejanas en el tiempo. La característica sobresaliente de este proceso es que la política, y la relación entre personas, organizaciones y con la naturaleza, es situada, más claramente, como una variedad particular de mercancía, circunstancia mejor expresada con el concepto de *commodification*, (que alguna vez hemos propuesto traducir como “mercancialización”, transformar valor de uso en mercancías y valor de cambio) que proviene de *commodity*, del latín *commodus* (comodidad, ventaja). La política se ha especializado y privatizado en varios planos y sentidos: asociaciones empresarias –en asociación con flácidas ramas del sistema de las Naciones Unidas y el entusiasmado aporte de gobiernos- financian a un nuevo perfil de activismo social vía ONG, fundaciones y otras organizaciones asociadas al mundo empresarial, obviamente no todas, incluyendo universidades privadas y sistemas nacionales de ciencia y técnica, para garantizar la sostenibilidad de intereses particulares. Claro que no llaman a eso hacer “política”, aunque incluye nuevas versiones de clientelismo, por ejemplo entretener a muchas personas con la infinita tarea de sacar castañas del fuego en los bordes, “metiendo las manos en el barro” de la pobreza, pero también la selección y formación de cuadros expertos a medida que se acerca a los riñones estratégicos, alimentando así un colchón social pacificador por medio de intermediarios “ceranos al pueblo” (la profesionalización de no-piqueteros cuidadosamente descuidados, con ortodoncia incluida) y, más estratégicamente, patrocinar circuitos económicamente “auto-sustentables” multiplicando PyMEs y agronegocios en pequeña escala -“pequeños productores”- sinérgicamente funcionales a los grandes agronegocios, entre muchos otros objetivos. Es un estratégico y continentalmente extendido tipo de clientelismo y/o militancia privatizada que hemos llamado, en otra parte, un Plan “B” (Dimitriu y Galafassi, 2007) que incluye políticas de invisibilidad, de saturación informativa o asfixia tecnocrática (Dimitriu, 2008) cuando no de trivialización de las organizaciones sociales y sus argumentos y/o la criminalización de sus luchas. Este estilo de intervenir en la vida social –que inocentemente suele ser llamado “relaciones con la comunidad”- tiene su correlato en

los partidos tradicionales, que resignaron el debate, la militancia activa y el trabajo de base en beneficio de un más o menos elaborado *management* político donde el objetivo *menor* es reproducir la permanencia en los cargos públicos o la conducción sindical y la rotación del y al campo privado. La política, prefieren entender los funcionarios y los grandes medios de comunicación, es una *performance* que se restringe a lo que deciden exhibir y decir los políticos y funcionarios, pero al mismo tiempo es presentado como un trabajo convenientemente “sucio” que, como una profecía auto cumplida, cae forzosamente en manos de “corruptos” (sobre el caso Transparencia Internacional ver Nudler, 2002 y 2003) y por lo tanto es mejor no “mezclarse” con éstos. El doble vínculo de la denuncia moral a los políticos, y la exigencia de que “no se metan” (*laissez-faire*), simultáneo a solicitar que sancionen salvaguardas a intereses privados, es un componente típico de las primeras tradiciones liberales (ver Ansart, 1989, o la obra de C.B. Mcpherson). Otra versión paralela de “política” es aquella asociada al término inglés *policy*, que concentra el poder administrativo del estado detrás de estructuras técnicas (el taylorismo “científico” aplicado al estado) para la reproducción del sistema. Relevantes aportes para el análisis de la política y la conexión con el conocimiento provienen del trabajo de Rancière y del debate que éste genera (Muñoz, 2005, y Touza, 2008).

Es que no hay una sino muchas políticas de comunicación, estatales, privadas, grupales, sectoriales, explícitas o implícitas, sujetas a control social o alejados de éste, que se entrelazan y colisionan de manera mucho más compleja que aquella franja visible, pero cada vez menor en los hechos, que pretende capturar (“policializar”) la estructura jurídica tradicional con definiciones técnicas sobre derechos de comunicación o de información, reglamentar la propiedad de los medios, circuitos, licencias y tarifas para telecomunicaciones y servicios asociados, producción audiovisual o el acceso y uso del espectro de frecuencias e infraestructura de telecomunicaciones. Por el otro lado se desarrolla una vida social activa utilizando medios simples (agencias y medios alternativos de bajo presupuesto), complejos o mixtos (*Linux, Open Source, Creative Commons*) que son relevantes pero no garantizan, *per se* o con fe en la tecnología, la transformación de las relaciones sociales.

¿Dónde quedan los ideales de emancipación, de desarrollo autónomo, de libertades y derechos sociales, económicos y culturales, de abundancia socialmente repartida en vez de riqueza concentrada, de conocimientos como bienes sociales en vez de mercancías, por mencionar algunos de los objetivos de una comunicación democrática? La tesis propuesta aquí respecto a este panorama es que la praxis y los

espacios políticos anticoloniales, nutridos por una variedad de tradiciones políticas socialistas, libertarias y otras luchas sociales, como las de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) en la Argentina de los años 30, con Raúl Scalabrini Ortiz y, para el caso, de intelectuales como el anglo-canadiense Harold Innis y quienes los sucedieron en sus preocupaciones y tarea, han respondido hace ya más de medio siglo con amplitud y mayor capacidad interpretativa crítica. Ser generalistas, a pesar de las diferencias de formación, estilo y contextos enunciativos, no les impide integrar la observación detallada con grandes líneas históricas e inspirar el trabajo de varias generaciones.

Del estado de bienestar a la tecnocracia con luces de colores

Un jour tout sera bien, voilà notre espérance.

Tout est bien aujourd'hui, voilà l'illusion.

Voltaire

Estamos mal, pero vamos bien.

Carlos S. Menem

El brutal avance neoliberal después del encuentro de Cancún del 81, al ser derrotado el “Diálogo Norte-Sur” propuesto por Willy Brandt y los remanentes del keynesianismo por un bloque representado por Reagan, Thatcher, Kohl y demás seguidores del recetario del Mont-Pèlerin (von Hayek, Friedman y otros), contribuyó al florecimiento de una intelectualidad que prefirió refugiarse en los intersticios de los textos, los microanálisis, la fragmentación de la realidad, el optimismo “liberador” de la tecnología, la multiplicación de nuevos espacios “abiertos” como los centros de compras y la identidad. Un gran cantidad de conceptos, instituciones públicas y acuerdos entre naciones y al interior de éstas perdieron así su vigencia y el poder contenedor que solían tener, dando lugar a un escenario lleno de incertidumbres posmodernas combinada con una sensación generalizada de anomia y miedos en las que las prioridades de la existencia es reducida a la participación “creativa”, pero al fin subordinada, en la frenética y alienante carrera de acumulación de capital. El pertinente “*todo es igual, nada es mejor*” del tango [Siglo 20] *Cambalache* compuesto en 1934 por el forjista Enrique Santos Discépolo (<http://ar.geocities.com/elforjista/discepolo.htm>) coincide con lo diabólico en su sentido etimológico, ya que *dia-bollein* alude a separar, desintegrar, desgarrar y es el antónimo de simbólico, que proviene de *sym-bollein*, que significa reunir, vincular, integrar al individuo consigo mismo o con su grupo de pertenencia. No debería ser motivo de asombro que términos como democracia, mercado, derechos humanos, desarrollo, sustentabilidad (o contaminación), cultura o participación, entre muchos otros, sean

usados con liviandad y como táctica de distracción por aquellos estados, clases, personas, instituciones y empresas que más vulneran los principios que proclaman.

La organización departamental/disciplinaria en la academia y sectorial en el Estado (ministerios, secretarías, etc.), por práctica que parezca, puede cada vez menos responder con coherencia a la pregunta acerca de los criterios usados para sostener tales jerarquías, recortes y separaciones, aun invocando en una cuestionable *raison d'état* weberiana o tradiciones intelectuales heredadas, generalmente construidas en herméticos ambientes de poder. Tampoco contribuye aquella división iluminista de tareas que todavía hoy es utilizada en la que el “pueblo” debería limitar su participación a “saber de qué se trata”, según la consentida e ideológica historiografía escolar, mientras un grupo de notables (principalmente comerciantes) decide en el Cabildo de 1810, en nombre del pueblo que figura como categoría abstracta en los textos, ejercer el tipo de poder que sigue igual en el artículo 22 de la actual Constitución Nacional: “El pueblo no delibera ni gobierna, sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución”. No han cambiado mucho las cosas. Mucho menos aun que hace 200 años, la actual *democracia 0-800* puede (quiere) responder a las múltiples consecuencias sociales y ambientales de la carrera por la acumulación, antes mercantil, hoy transnacional, por basarse tal esquema en el anonimato institucional, la rotación empresa-estado-empresa de funcionarios y un complejo sistema de ocultamiento de externalidades. La disociación mental es obvia: sobresalto epidérmico por el cambio climático y, dando vuelta a la página del diario, tranquilizadores anuncios sobre más mega-inversiones para “crecer”. Obviamente hay gradualidades, excepciones, matices y contradicciones internas, pero eso es parte de la complejidad. Un ejemplo parcial para entendernos: no es lo mismo hablar de una política nacional de transporte que funcione como una red integrada compuesta por todos los sistemas, sean fluviales, aéreos, marítimos o terrestres, que desagregar *-sin un proyecto nacional* - las partes. Poco importa luego si se trata de un tren bala entre Buenos Aires y Córdoba, la hidrovía con puertos privatizados para exportar soja o al precarizado ramal ferroviario de la Línea Sur de San Antonio Oeste a Bariloche, que será “redescubierto” cuando la mega minería busque salida al Pacífico para alimentar a los mercados asiáticos: el cálculo de rentabilidad será necesariamente sesgado, favoreciendo las inversiones y no a la población, con un sistema de subsidios directos e indirectos, siendo los indirectos los menos apreciados y comprendido en general pues no siempre se ven, se ocultan y/o gozan de una enmarañada cobertura social de apologías.

Suele pensarse que un subsidio es cuando algún sector recibe *dinero* en forma directa o indirecta, respaldo público para un crédito de bajo interés, beneficios fiscales, o paga

cuotas ínfimas de regalías, cobra reembolsos, se beneficia con precios preferenciales de energía o infraestructura pagada por el estado, etc. Pero hay dos niveles más: el subsidio ecológico (actual o intergeneracional) por lo extraído y por la contaminación y, el más difícil de ser comprendido, el que está compuesto por múltiples consecuencias subjetivas y objetivas asociadas, en lo social, cultural, económico e institucional. Son externalidades ocultadas, negadas o ignoradas. La guerra química necesaria para garantizar el “milagro” bursátil de la soja, que depende de la aplicación de más de 170 millones de litros de glifosato y otros agrotóxicos desparramados sobre suelos, cuencas y poblaciones en la Argentina (ver www.grr.org.ar y Dimitriu, Howard y Reynolds, 2002), es sólo un ejemplo, pero casi no hay excepciones en la actividad económica o militar en gran escala sino grados de ignorancia deliberada, de un “no querer ver”. Uno de los casos más patéticos de externalidades negadas es el del transporte automotor (autos, camiones, colectivos de corta y larga distancia), que aproximadamente a cada tres años suma en la Argentina más víctimas –entre muertos, heridos y familiares o amistades psicológicamente devastados- que la última dictadura militar, sin contabilizar las consecuencias ambientales y las demandas energéticas de tal sistema de transporte. Peor aun es que no haya debate acerca del “para qué” de una política de transporte (o de comunicación) pues prevalece la idea de hay un destino colectivo único: el “crecimiento” económico, un rajásico, hueco e inalcanzable pero ferozmente competitivo “ir para allá”.

Parasitando en ese esquema -que cada “sector” sea “rentable” por si mismo o responda por medio de “conductas individuales” con la nueva táctica distractiva llamada “responsabilidad social empresaria”, con notorias pero lucrativas anteojeras hacia cualquier realidad circundante, como exigían y exigen gestores como Krieger Vasena, Alsogaray, Martínez de Hoz o Cavallo- es que han florecido generaciones de negociantes, intermediarios y beneficiarios, asociados a estructuras internacionales como agencias de noticias, circuitos financieros, comerciales y numerosas agencias de “desarrollo” o crédito. Agrego a esta trama a los usuales e históricos competidores con el capitalismo euro-norteamericano, como el soviético, el chino y los nacionalismos persiguiendo “destinos de grandeza que todos anhelamos”, en la carrera por el “crecimiento” y el “progreso”, definitivamente incorporados al Sistema-Mundo en el sentido que le da Wallerstein.

Claramente ausente de estas tramas estuvo el debate acerca de la compatibilidad entre el desarrollismo y objetivos humanos asociados a la sustentabilidad ecológica y la creatividad social extendida (no “empleos”) en armonía con la naturaleza. Este monumental descuido llegó a sus límites mucho antes de que se publiquen las

evidencias de la crisis ambiental y sus consecuencias asociadas, desde Arrhenius sobre el cambio climático en 1896 hasta el tantas veces citado Meadows Report – *Los límites al crecimiento* de 1972, pasando por advertencias tan dispares como las de Gandhi, Ivan Illich, el asombroso *Mensaje Ambiental a los Pueblos y Gobiernos del Mundo* de Perón, en 1972 o el *¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano*, de Amílcar Herrera y otros (1976), lo que de ninguna manera responde a pronósticos e interpretaciones comparables acerca de las dimensiones de la catástrofe, las causas y los caminos para resolverla. Tampoco significa, para complicar las cosas aun más, que la “cooperación” transversal en el estado (o de éste con las grandes corporaciones), los bloques comerciales y “acuerdos” bi- o multilaterales entre “países” como NAFTA, ALCA, APEC, Mercosur, UE, etc. (es decir: más de lo mismo pero cada vez más lejos de la gente y sus organizaciones, dada la hipersensibilidad de los Honecker del régimen actual) y el trabajo trans- o interdisciplinario en el sistema de ciencia y técnica supere el problema porque la pretendida armonía de múltiples *stakeholders* (gente que toma apuestas!) supone neutralidad valorativa o, para expresarlo de otro modo, de la preexistencia de una (nunca reconocida) ideología, métodos y destino (fatalidad) indiscutidos e indiscutibles que sólo requieren disciplina y eficiencia (o renovados negocios de “competitividad” verde, *green washing*, o azul, *blue washing*, cuando es en asociación con la ONU) como condición para ser exitosa.

Hablar por hablar: la política como medio para callar

*"Hay palabras que no nacen del hambre de decir, sino de la necesidad de mentir o de las ganas de joder la paciencia. Quizá por eso el hambre de decir prefiere, a veces, comer callando."
Eduardo Galeano*

El punto es que las llamadas “políticas de comunicación” no son una excepción a este contexto de recortes interesados y condiciones *sino un componente sistémico*. Aquel debate nació en asociación al Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) en 1975, el NOMIC y el Informe McBride (1980). Las llamadas políticas de comunicación representan apenas tibios intentos de ganar espacios para un debate mundial acerca de la economía, la cultura y la desigualdad del bloque de los No Alineados y otros países del Tercer Mundo, que generó una desproporcionada paranoia, entre otros, en los representantes de Inglaterra y los EEUU que culminó con el retiro de ambos países de la UNESCO (para una historia reflexiva acerca de esto ver por ejemplo Mastrini y De Charras, 2005 o AAVV, 2005).

Queda pendiente, sin embargo, el análisis de varios aspectos que continúan vigentes, pues aquel teatral retiro de la mesa de negociaciones protagonizado por los EEUU e Inglaterra de ninguna manera significó el abandono de los objetivos e intereses en juego sino la aplicación de un transformado Plan B cuidadosamente preparado para intervenir “neutralmente” (usando tecnología y dinero “neutrales”) en todos los ámbitos imaginables, que comenzó con la creación del Programa Internacional para el Desarrollo de la Comunicación (IPDC/PIDC) pero tiene ramificaciones que llegan hasta la Unión Internacional de las Telecomunicaciones y La Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información (CMSI, www.cmsi.colnodo.apc.org, ver La Vaca, 2007, y Mastrini y De Charras, 2005), pasando por deliberadamente estratosféricos “convenios” comerciales como el GATS (en castellano Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios, AGCS) entre muchos otros de carácter privado o público en la educación, las artes, el sistema judicial, la agenda de investigación y los medios de comunicación.

La importancia asignada a múltiples determinantes económicos tuvo una trayectoria discontinua en la investigación latinoamericana de la comunicación. Por sus orígenes literarios y las vinculaciones con las luchas sociales en las ciudades, asociada a la prensa obrera o la literatura popular de fines del siglo XIX en adelante o, en menor grado, con el sistema de extensión rural, el difusionismo y la llamada “transferencia de tecnología” (el INTA, por ejemplo), las prioridades provienen de un contexto en el que investigar los circuitos del poder implicaba riesgos personales y tenía sus propias determinaciones. En ese contexto de inestabilidad, des-financiación, disrupciones y exilio es comprensible la actuación de una variada gama de agencias y fundaciones, con mayor o menor grado de independencia o intervención en los temas, estilos y prioridades de los investigadores. Después de la Segunda Guerra Mundial, solo por mencionar algunas, agencias y organizaciones como la Sociedad Interamericana de Prensa, la Asoc. Iberoamericana de Radiodifusión, el IICA, las fundaciones Ford, Rockefeller, Kellogs, Fullbright, Ebert, Naumann, Adenauer (que todavía financia a la Fed. Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social, FELAFACS), IDRC, CIDA, las iglesias, especialmente la católica y la protestante WACC, con una diversidad de programas que van desde grupos de base hasta estructuras ultra conservadoras como el Opus Dei, demuestran la ubicación estratégica asignada a la comunicación, y no solo a la teoría sino a la formación en este campo y a la producción audiovisual de la región. Según Regina Festa cerca de 80.000 ONG fueron creadas con la financiación internacional en A. Latina hasta fines de la década de los 90 (Festa, 1997), cifra probablemente duplicada en la actualidad, con objetivos que

abarcan desde ayuda humanitaria hasta un sofisticado sistema de vigilancia y cooptación de conflictos sociales.

Teniendo en cuenta estas limitaciones, las Políticas Nacionales de Comunicación presuponían y presuponen:

1. Que existe homogeneidad en las relaciones de poder, social y geográficamente hablando, al interior de los países y que el estado es una estructura neutral y omnipresente. El “retiro” del estado de bienestar ha sido interpretado como la oportunidad histórica para la expansión de la “esfera privada” de la política y la comunicación, transformando a la sociedad y las relaciones entre personas – incluyendo la política, el arte, la educación, la salud- en un espacio para negociar *commodities* (mercancías, “ventajas”).
2. Con notables excepciones, los estudios de comunicación tienden a ser mediocéntricos (es decir un casillero dentro del organigrama del estado moderno, desconectado del resto, típico de la investigación administrativa, como la llamaba el mismo Lazarsfeld), focalizados en la vida urbana, y suelen ser esencialistas en el sentido de referirse principalmente a su propio nicho epistemológico (ver Mosco, 1996: 33, 70, 161 y 239), con poca atención a la cuestión espacial (desarrollo desigual, saqueo de bienes comunes y agronegocios, zonificaciones = zonas de sacrificio, turismo como un sistema superlativo para un tipo de organización que establece reglas aduaneras, consumos y valoraciones simbólicas y materiales, no sólo de los “destinos” turísticos) y optimistas en lo tecnológico. Una de las excepciones –y no solo a esta observación sobre la producción social del espacio- es el trabajo de Schmucler y Terrero sobre la comunicación y la vida urbana, en el que analizan la Carta de Atenas de 1933 y la metáfora de Le Corbusier de la ciudad como organismo surcado por “arterias” y los ciudadanos como pasajeros (Schmucler y Terrero, 1993). A este enfoque cabe agregar la función que cumplía en los años 30 la planificación urbana en Marruecos, bajo la conducción del mariscal Lyautey (más tarde curador de la primer gran exposición Colonial de Paris de 1931), y en el Argel que intentaba rediseñar Le Corbusier. Lyautey, *en quien se inspiró Exequiel Bustillo para la creación de Parques Nacionales en la Patagonia y Misiones* (ver Dimitriu, 2004), pretendía un colonialismo negociado (¿hegemónico?) en el cual cada uno “reconoce su lugar”. El urbanismo y la construcción, afirmaba, separando a europeos de magrebíes con edificios, parques o avenidas, y a éstos entre sí según su función (administrativa, policial, agropecuaria, comercial), era “más efectivo que un batallón”. Fueron los primeros pasos para otro tipo de zonificación que hoy es característico del

devastador saqueo en la Argentina: parques nacionales, reservas naturales, concentración y extranjerización de la tierra, frenesí inmobiliario y consumo conspicuo -excluyente y expulsor- por un lado, “campo”, trabajo, producción y extracción contaminante en gran escala por el otro.

3. Difusionismo asociado a distracciones. La relevancia de los estudios sobre jerarquías espaciales se refiere, entre otros, a cómo es designada, o percibida, la naturaleza, y las relaciones de la sociedad con ésta. Con el proceso de urbanización surgen nuevas e innumerables formas de alienación (separación, *Entfremdung*) que, a cambio, requieren de una vasta estructura de recompensa sensorial (Dimitriu, 2001, 2007) que la industria cultural con gusto ofrece (porque se vende bien, desde la malsana lluvia de píxeles y radiaciones en los sórdidos cubículos barriales con Internet para niños y adolescentes hasta la experiencia colonialista “directa” en el rally Paris-Dakar trasladado a la Patagonia Argentina y Chilena, por ejemplo), con el argumento (pocas veces desafiado) de que “es lo que la gente pide”.
4. La esperanza inicial (por ejemplo Declaración de San José de Costa Rica, UNESCO, 1976) de que la democratización propuesta por expertos a los gobiernos era posible y aceptable. El relato de Luís Ramiro Beltrán es contundente:

“los medios de comunicación privador dieron la espalda a la propuesta, que tampoco encontró un eco significativo en los centros de formación universitaria en Comunicación y Periodismo. Tan poderosa fue esa presión que no hubo gobernante alguno que se atreviera a desestimarla (...) La idea fue súbita y drásticamente derrotada en la oscuridad y en silencio.”

En los dichos de Beltrán hay otra clave, que requiere interpretación:

“Otra razón importante para que las PNC no lograran pasar de la teoría a la realidad fue el desinterés de la sociedad civil por ella. En parte alguna de la región, que yo sepa, ninguna agrupación popular, ni siquiera las de mayor raigambre popular y mayor radicalismo - como las de estudiantes, obreros y campesinos - adoptó la propuesta pro PNC como parte de las reivindicaciones que alentaban sus luchas. Ningún partido político hizo a esa propuesta parte de su plataforma ideológica ni componente de su agenda parlamentaria o de su programa de gobierno. En mi memoria, la única institución de la sociedad civil que se identificó con la promoción de las PNC fue la Iglesia Católica” (LRB, <http://www.infoamerica.org/teoria/beltran1.htm>, subrayado nuestro)

El caso es que ese “desinterés” no tiene causas naturales sino que es inducido y parte de las mismas tensiones y conflictos por el control de los medios y los recursos y remite, como veremos en otros puntos, a redefiniciones acerca de la participación, el conocimiento (los saberes sociales) y la política.

5. Que en los debates sobre radiodifusión, por ejemplo en la Argentina, el gobierno reserve en su proyecto apenas lo necesario para mantenerse a flote en las riñas “políticas” cotidianas, que implica (aparte de buenas intenciones y bellas frases): a) medios públicos sostenidos principalmente con fondos públicos, b) corporaciones mediáticas generosamente subsidiadas con bienes comunes (frecuencias) y muchas otras formas de garantizar ganancias y acceso a audiencias, incluyendo concesiones en las telecomunicaciones y selección privilegiada de tecnologías, y c) asignándole a la sociedad civil, que la ingeniería societal corporativa llama –no es casualidad- “tercer sector”, un 33% de frecuencias (como es de suponer de corto alcance) compuesto por medios “comunitarios” deliberadamente situados por debajo de la línea de flotación para restringir su margen de maniobra, dependientes por lo tanto del clientelismo de la “esfera privada”.
6. Tomar una posición concreta –admitida o no- frente a las transformaciones e interconexiones estructurales del trabajo material con el simbólico y sus ramificaciones hacia otros campos. Uno de los precursores de la economía política de la comunicación en Canadá, Dallas Smythe, propuso al respecto considerar al trabajo involuntario de las audiencias, conformando así una nueva mercancía: la “fuerza de trabajo” utilizada para mirar programas, hoy agregaríamos lugares visitados y otros tipos de consumos, que así completa el circuito de valorización de la mercancía (Smythe, en Melody y Salter, 1983, Mosco, 1996 y, aunque no lo citan, Lash y Urry, 1998 en relación al turismo). En otro trabajo, Smythe se adelantaba a estos escenarios describiendo la conexión entre los conglomerados militares/industriales de los EEUU y la (entonces) Unión Soviética y la llamada “sociedad de la información”. Las consecuencias de estos procesos, anticipaba Smythe, producirían a) una alta y creciente tasa de desempleo, b) inflación creciente y crónica, c) éxodo rural debido al desplazamiento por agronegocios capital-intensivos, d) proliferación de ghettos de pobres y hambrientos en los centros urbanos, e) violencia contra la naturaleza (contaminación) y sus moradores y finalmente, f) un tipo de redistribución por el cual los ricos obtiene más y los pobres cada vez menos (Smythe y Tran Van Dinh, 1983:40).
7. Tecnocracia subordinada. Por inclusión u omisión, la entrega de aspectos constitutivos y estratégicos para las naciones y las comunidades, aunque no cuantificables, es decir no siempre traducibles en precio y dinero en vez de valor, como es la política –entendida como sistema deliberativo, emancipatorio y decisorio en lo esencial- y el conocimiento (los múltiples saberes sociales,

industriales, rurales), es decir mucho más que royalties, derechos de autor y patentes como fuente de ganancias a las que obsesivamente apuntan los países del Norte.

8. Difusionismo actualizado y malo, pero caro. Es preciso rechazar, por fraudulento y fracasado, el recetario y las promesas del *trickle down*, el goteo remanente que nunca puede llegar porque responde a las irrefrenables e insaciables urgencias de un empresariado (y sus estados) dadas las características concretas, no abstractas, de la carrera acumulativa –incluyendo guerras- en la que quieren involucrar a todo el mundo. Una política social debería partir de las condiciones de vida y trabajo de sus víctimas, de quienes más sufren, de las exclusiones y migraciones forzadas, asumiendo el carácter histórico de las luchas sociales y de una existencia asociada a las condiciones ecológicas (al respecto ver por ejemplo Alimonda, 2001 Kovel y Löwy, 2002, Löwy, 2003, Liepitz, 2003, publicaciones de la red Theomai <http://theomai.unq.edu.ar/> y el ya citado Grupo de Reflexión Rural). Vale advertir nuevamente que la idea del mero “reparto” de lo que “se” produce, así sea propuesto por sindicatos progresistas, implica legitimar (por omisión) qué y para qué se produce, sea manteca o cañones, educación e investigación privatizada, kilométricas distracciones mediáticas, soja transgénica, eucaliptos o agrocombustibles para satisfacer los caprichos demandantes de grandes nodos de consumo en el Norte o en el Sur, etc.

Hay líneas de pensamiento y tradiciones políticas que –con mayor o menor sostén empírico, aunque no necesariamente importantes en el número- sobresalen por ser más amplias, intuitivas, cercanas a la praxis y con ello más efectivas al momento de proponer alternativas al (o *alternativas del*) sistema. La actualidad se caracteriza, como dicho antes, por la especialización, la concentración en micro-procesos, la fragmentación posmodernista, el lenguaje hermético, la pérdida de perspectivas integradoras, el entierro “con todos los honores” de clásicos o el ninguneo de grupos y prácticas sociales emancipadoras actuales que cuestionan la expertocracia. Esa fragmentación no es sólo el resultado de opciones individuales sino, primordialmente, parte de un determinado “modo de producción intelectual” que privilegia trayectorias cortas, predeterminadas y previsibles, acotadas en lo político (o sencillamente a-políticos) porque es funcional al sistema. Para una interpretación cáustica del fenómeno vale la imagen que transmitía el periodista Jacobo Timmerman cuando explicaba la fórmula del éxito editorial del diario *La Opinión* a fines de los 60 y comienzos de los 70, igualmente aplicable a la academia y a los gobiernos actuales:

“de izquierda en su sección cultural, de centro en temas políticos y conservador en la sección económica”.

La invención y continuación de las colonias por otros medios

The long trail of broken promises and official violence in our history has made Canadians both touchy and skeptical. We have been brought up with an artificial nation, a “Canada” created by other countries for their own benefit. This Imaginary nation is not the same as the country we actually live in, nor the land we know: the entire “consciousness industry” in Canada thrives on manipulating this national derangement. In Imaginary Canada, everyone has “equal opportunity” but everyone “knows their place”. The domination of some groups of Canadians over other groups is explained away as being the result of the “natural superiority” of those at the top. This makes Imaginary Canadians easy to recognize-by the number of “other” Canadians they consider, consciously or unconsciously, to be inferior to themselves, and bellow them on the various social and economic scales. These “others” include the Québécois, Canadians who don’t speak English, and Canadians with “foreign” accents: Maritimers, Westerners, Northerners, and Canadians from small towns; “lower class” Canadian youth, non-white Canadians, female Canadians, and the Canadian working class.

Tony Wilden, *The imaginary Canadian*, Pulp Press, Vancouver, 1981

Sin arriesgar un inventario exhaustivo ni excluir ejemplos relevantes o comparativos de la vida social, en este caso de Canadá y Argentina, cabe resaltar la vigencia de dos autores –y quienes, aun con diferencias, se inspiran en éstos- que tienen en común la defensa de la cultura, la economía y la emancipación de sus respectivos pueblos: Harold Innis (1984- 1952) y Raúl Scalabrini Ortiz (RSO, 1898-1959). Interesa aquí notar las sorprendentes coincidencias de quienes, a pesar de sendas tentaciones desarrollistas hacia el final de sus vidas, han sido señalados como precursores del nacionalismo de izquierda de ambos países, preocupados por las estructuras de dependencia colonial, las formas de poder y control a la distancia, las conexiones más complejas entre mentalidades, instituciones y organizaciones sociales. Ambos estudiaron la historia económica, “las vías de comunicación” (Innis hizo su doctorado sobre el Canadian Pacific Railway, RSO publicó media docena de trabajos medulares sobre el ferrocarril), la concentración imperial y la creación de fronteras de dominio y pobreza.

Innis, que estudió historia económica en la Universidad de Chicago, logró inspirar a varias generaciones de investigadores al trabajar más tarde en lo que Carey apropiadamente llama “las intersecciones” entre comunicación, historia, geografía, economía y ciencias políticas (Carey, en Melody y Salter, 1981:78) y sigue siendo citado habitualmente aún para revisar o disentir con sus postulados. Principalmente se lo menciona en historia económica y economía política de la comunicación, aunque

también en geografía y estudios culturales. Como necesariamente incompleta “punta de ovillo” de este enorme y enriquecido legado quisiera mencionar aquí a Angus, 1997, Babe, 1995, 1996, 2004, Berland, 1997, Clement y otros, 1996, Graham, en prensa, Melody y Salter, 1981, Mosco, 1996 y 2005 y Smythe, 1983.

Scalabrini Ortiz, a su paso por la Facultad de Ciencias Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, fue miembro de un grupo estudiantil llamado Insurrexit, de orientación socialista revolucionaria y conoce, por su participación en una revuelta radical (UCR Yrigoyenista) en Paso de los Libres, el exilio a una Europa desencajada por la crisis de los 30 (Innis, a su vez, había conocido el frío, las ratas y las pulgas en las trincheras de la primer Guerra Mundial gracias a la poco amable prioridad que solía establecer la oficialidad británica para australianos, canadienses y otros “marginales” del imperio). RSO será el principal teórico de FORJA, Fuerza de Orientación Radical para la Joven Argentina, organización de orientación yrigoyenista pero no exclusivamente radical de la que formaron parte escritores, poetas, trabajadores de diversos oficios e intelectuales como Macedonio Fernández, Leopoldo Marechal, Roberto Arlt, Arturo Jauretche, Enrique Santos Discépolo, Homero Manzi, Alfonsina Storni, entre otros. El entorno de FORJA favorecía un tipo de intelectual cercano a la vida y necesidades de toda la sociedad, algo que emparenta los numerosos “volantes” iniciales, por ejemplo el que sigue, de 1935, con el de las organizaciones campesinas, indígenas y asambleas contra el saqueo y la contaminación actuales:

¿LOS ARGENTINOS SOMOS ZONZOS? Ghandi está con la libertad y la democracia, pero quiere que empiece por la India. Empecemos aquí con los frigoríficos, los ferrocarriles, el comercio de cereales, el servicio de luz y demás fuentes de nuestras riquezas nacionales que son las prendas de nuestra libertad. Ni las plutocracias, ni el nazi fascismo pelean por nosotros. Esta es tarea nuestra” (mayúsculas en el original, en Hernández Arregui, 1973, 313)

Scalabrini Ortiz era “nada más que” un ingeniero civil que además de obras literarias (por ejemplo *El hombre que está solo y espera*, 1931-1974, Plus Ultra, Buenos Aires) y numerosos escritos políticos, realizó un minucioso estudio sobre los ferrocarriles ingleses y nacionales en la Argentina, aportando no solo datos detallados sobre la historia específica, los intereses en juego, la estructura de tarifas y fletes diferenciales (formas de asfixia o promoción de regiones y cultivos o productos según prioridades británicas!), las condiciones de contratación y la decisión acerca de las trazas y trochas sino, especialmente, un análisis crítico acerca de las peculiares condiciones institucionales y sociales que posibilitaron la instalación aquella infraestructura, hacia adonde fluían sus beneficios y cuales eran sus consecuencias para el país. Sus observaciones acerca del funcionamiento del estado y la política, incluyendo

referencias al periodismo y la vida intelectual de la Argentina en la primera década del Siglo XX, distan de ser ingenuas o desactualizadas. De qué manera se interconectaba la economía, el saqueo colonial, la cultura y la política no significaba un reto para Scalabrini Ortiz.

El primer elemento inquietante, sin embargo, es que a más de 60 años de publicados sus trabajos de esa historia y economía política, las ciencias sociales de la actualidad parecen prestar poca atención a la proliferación de proyectos de similar o mayor envergadura y alcance, contribuyendo así a la separación catastrófica entre vida material y, por decirlo de alguna manera, la esfera social. Hace poco tiempo atrás, y no me atrevo a asegurar que esto haya cambiado demasiado, era posible encontrarse frente a un generalizado e incómodo silencio al preguntar -en encuentros académicos- qué significa y qué consecuencias o compromisos a corto, mediano y largo plazo le trae al país la IIRSA, la hidrovía, el corredor bi-oceánico, o el GATS/AGCS. Sus impulsores en cambio, anticipándose a la oposición social, *eligen o crean su propia oposición* para que diga cosas como “cuidemos que las cosas se hagan bien”, algo así como “haga *click* donde dice *me opongo*”. Algo parecido ocurre con las consecuencias del monocultivo de la soja RR, recientemente “descubierta” como algo que pudiera ser problemático por la Argentina urbana y también rural, o las descomunales magnitudes de la extracción minera. Para que los diagnósticos y escenarios, con aportes empíricos concretos, se acerquen a la viabilidad ecológica y social es necesario crear y sostener espacios políticos apropiados, es decir: democracia deliberativa, además de la democracia representativa y la directa. Es en esa línea que vale entender a Amílcar Herrera, cuando en su prólogo a “*¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano*”, publicado en 1976, afirma que

"Cualquier pronóstico a largo plazo sobre el desarrollo de la humanidad se funda en una visión del mundo basada en un sistema de valores y en una ideología concreta. Suponer que la estructura del mundo actual y el sistema de valores que la sustenta pueden ser proyectados sin cambios hacia el futuro, no es una visión "objetiva" de la realidad, como a veces se sostiene, sino que implica también una toma de posición ideológica." (Herrera y otros, 1976)

Enfocar con complejidad estos desafíos implica combinar miradas que, para Dallas Smythe, incluía la teoría del caos para entender la relación dialéctica entre comunicación e información en sistemas vivos (Mosco, 1996: 26), entre otras observaciones con las que procuraba enfrentar el simplismo de “tener” versus “no tener” de la economía política ortodoxa. El debate actual puede ser el resultado de “sistemas complejos ‘autoconscientes’ (o ‘reflexivos’) que incluyen subsistemas humanos e institucionales, son capaces de observarse a sí mismos y su propia evolución, con lo cual abren nuevos repertorios de respuestas y nuevas

interconexiones” (Gallopín y otros, 2001; para una interpretación marxiana sobre escenarios ver Bellamy Foster, 2005). Estos antecedentes políticos e intelectuales de Canadá y Argentina, cercanos en varios sentidos, no siempre se manifiestan por medio de la praxis, especialmente cuando los individuos y grupos críticos, con el riesgo de vaciar de contenido la radicalidad de las mejores tradiciones de lucha social de ambos países, se dispersan, compiten por restos de capital político (*publish or perish* y disputas internas), se repliegan individualmente al interior de una academia corporativa o elijen sumergirse en la empalagosa –por “diabólica”- y envolvente gelatina de la cooptación.

Bibliografía y referencias

- AAVV, *XXV aniversario del Informe MacBride. Comunicación internacional y políticas de comunicación*, en Quaderns del Consell de l'Audiovisual de Catalunya, Barcelona:UAB, 2005.
- Alimonda, Héctor *Una herencia en Comala (apuntes sobre Ecología Política latinoamericana y la tradición marxista)* en *Ambiente & Sociedade* no.9, Julio/Dic Campinas, Brasil, 2001
- Angus, Ian: *A Border Within: National Identity, Cultural Plurality, and Wilderness. Montreal: McGill-Queen's University Press, 1997*
- Ansart, Pierre, *Ideología, conflictos y poder* en *El imaginario social*, Colombo, E. (comp.) Nordan, Montevideo, 1989.
- Babe, Robert, *Communication and the Transformation of Economics*, Westview, Boulder, Colorado, 1995
- *Economics and Information: Toward a New (and More Sustainable) Worldview*, Canadian Journal of Communication, Vol. 21, (1996) pp.161-178
- *Cultural Studies and Political Economy Column: Innis, Saul, Suzuki*, en *TOPIA: Canadian Journal of Cultural Studies*, N° 11, University of York, 2004
- Becerra, Martín y Mastrini, Guillermo: *Senderos de la economía de la comunicación*, en http://www.argiropolis.com.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=579&Itemid=43, 2005
- Bellamy Foster, John: *Organizing Ecological Revolution*, en *Monthly Review*, Nueva York, Volume 57, Number 5, 2005.
- Berland, Jody: *Space at the Margins: Colonial Spatiality and Critical Theory After Innis*, en *Topia*, vol. 1, no. 1, 1997, pp. 55-82.
- Clement, Wallace (Ed.) *Understanding Canada: Building on the New Canadian Political Economy*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1996.
- Dimitriu, Andrés, Howard, Pat y Reynolds, Paul: *Genes as Commodities, Science and Crisis Dossier sobre Organismos genéticamente modificados*, en revista *Theomai* N° 5, 2002, en <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero5/contenido5.htm>
- *La construcción discursiva de la "Suiza Argentina" en Exequiel Bustillo*, ponencia en las XIX Jornadas de Historia Económica San Martín de los Andes, 2004
- *Capitalismo, Naturaleza, ¿Discurso? La dinámica de la praxis*, editorial de la revista “Theomai” N° 9, primer semestre de 2004, en <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero9/editorial9.htm>
- *Cuando los saberes locales enfrentan al saqueo: “Acuerdos Multi (o Bi)laterales”, privatización del conocimiento y compromiso intelectual*, en

- Galafassi y Dimitriu (coordinadores) *Sociedad y Desarrollo. Aportes para reiniciar un debate crítico*, Buenos Aires, Ediciones Extramuros - Theomai Libros - Nordan Comunidad, 2005
- Bulimia energética, agrocombustibles y territorio: La privatización de la política y las políticas del silencio*, ponencia a ser presentada en el IX Congreso Latinoamericano de Ciencias de la Comunicación, Universidad de Monterrey, México, organizado por ALAIC, Asoc. Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, 2008 (en prensa)
- Festa, Regina: *Elementos para un análisis de la comunicación en América Latina: perspectivas para los años 90*, en Comunicación, revista de la Facultad de ciencias sociales, Universidad de Buenos Aires, 1997.
- Galafassi, Guido y Dimitriu, Andrés: *El Plan "B" de los Capitales Mineros. A propósito de las notas sobre "Inversiones mineras en Argentina" en Le Monde Diplomatique de mayo 2007* http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO15/Galafassi_Dimitriu_Plan_B.pdf, 2007.
- Gallopín, Gilberto, Funtowicz, Silvio, O'Connor, Martin y Ravetz, Jerry: *Una ciencia para el Siglo XXI: del contrato social al núcleo científico*, en *Internacional Journal of Social Science* (168), 2001, pags. 220-229 <http://www.unesco.org.uy/phi/pccp/Publicaciones/LibroLectura/capitulo-5/5-2-poggiese.pdf>
- Gorz, André: *Political Ecology: expertocracy versus selflimitations*, New Left Review 202, 1993, pp.55-67.
- Graham, Phil: *Issues in Political Economy*, en A. Albarran, S. Chan-Olmsted & M. Wirth (Eds.) *Handbook Of Media Management And Economics*. Lawrence Erlbaum, disponible en http://www.philgraham.net/MME%20Chapter_Final.pdf (en prensa)
- Grupo de Reflexión Rural, www.grr.org.ar
- Harvey, David: *Labor, Capital and Class Struggle Around the Built Environment*, en *Politics and Society* 6:265-295, 1976
- Herrera, Amílcar et al. "*¿Catástrofe o Nueva Sociedad? Modelo Mundial Latinoamericano*", IDRC, Ottawa, (1976) disponible, con actualización del debate, en línea en http://www.idrc.ca/es/ev-84542-201-1-DO_TOPIC.html
- Illich, Ivan, obras completas en <http://www.ivanillich.org.mx/>
- Kovel, Joel y Löwy, Michel: *An Ecosocialist Manifesto*, Publicado en *Capitalism Nature Socialism* vol. 13 (1) marzo 2002, <http://www.cnsjournal.org/mission.html> disponible en castellano *Manifiesto Ecosocialista* <http://www.una.ac.cr/ambi/Ambien-Tico/102/ecosocialista.htm>.
- La Vaca *Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información El secreto mejor guardado*, (2007) en: <http://lavaca.org/especiales/especiales/el-secreto-mejor-guardado.html>
- Lash, Scout y Urry, John: *Economías de signos y espacio*, Buenos Aires: Amorrortu, 1998
- Lipietz, Alain: *A ecología política e o futuro do marxismo*, Ambiente & sociedade vol.5 no.2 Campinas, Brasil, 2003
- Löwy, Michael: *Progreso destructivo: Marx, Engels y la ecología*, Publicado en J. M. Harribey & Michael Löwy ed., *Capital contre nature*, PUF, 2003. Traducción: Andrés Lund Medina, disponible en <http://www.fundanin.org/lowy5.htm>
- Mastrini, Guillermo y Bolaño, César (editores) *Globalización y Monopolios en la Comunicación en América Latina. Hacia una Economía política de la Comunicación*, Buenos Aires: Biblos, 2000.
- Mastrini, Guillermo y De Charras, Diego: *20 Años no es nada: del NOMIC a la CMSI*, Anuario Ininco. , Vol.17, N°.1, 2005, p.217 - 240, también en <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/mastrini/textos.htm>
- Melody, William, Salter, Liora y Heyer, Paul: *Culture, Communicaton and Dependency. The Tradition of H..A. Innis*, Norwood: Ablex, 1981.

- Mosco, Vincent: *The political economy of communication*, Londres: Sage, 1996.
- La economía política de la comunicación: una actualización de diez años*, Anuario Ininco vol.17 no.2 Caracas, 2005
- Muraro, Heriberto: *Invasión cultural, economía y comunicación*, Legasa, Buenos Aires, 1987.
- Muñoz, María: *Lo político como comunicación distorsionada. Una lectura sobre Jacques Rancière*, 2005, en <http://www.ciudadpolitica.com/manual/JACQUES%20RANCIERE%20POLITICO%20COMUNICACION.pdf>
- Nudler, Julio: *Además de rubio, Menem era más transparente. Sorprendente medición internacional, según la cual el Estado argentino se está volviendo cada vez más corrupto*, en Diario Página 12, o de octubre de 2003 <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-26475.html>
- Explotar, pero con códigos*, Pagina 12, del 15 de mayo de 2002, <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-5173-2002-05-15.html>
- Perón, Juan Domingo: *Mensaje ambiental a los pueblos y gobiernos del mundo*. http://www.portalbioceanico.com/re_cuestionescriticas_ambienteydesarrollo_politicas.htm, 1972
- Schmucler, Héctor y Terrero, Patricia: *Nuevas tecnologías y transformaciones del espacio urbano*, Telos 32, Fundesco, Madrid, 1993.
- Smythe, Dallas: *Dependency Road: Communications, Capitalism, Consciousness and Canada*, Norwood, New Jersey: Ablex Publishing Co.1981
- Touza, Sebastián: *Antipedagogies for Liberation. Politics, Consensual Democracy and Post-Intellectual Interventions*, tesis doctoral no publicada, School of Communication, Simon Fraser University, Burnaby/BC, Canada, 2008.